



Introducción a la semana

La Palabra de Dios en las eucaristías de esta semana cuenta con las lecturas propias de dos días, San Juan María Vianney (el texto evangélico) el día 4, y las propias de la fiesta de la Transfiguración el día 6. Para los dominicos y dominicas también tiene lecturas propias la solemnidad del fundador, día 8. El día 5, Dedicación de Sta. María la Mayor, en otros lugares celebrada como Nuestra Señora de las Nieves, alcanza nivel de memoria obligatoria o de fiesta. La lectura continua sigue mostrando las peripecias del pueblo judío atravesando el desierto hacia la "tierra prometida" a través del de los Números y del Deuteronomio. Son episodios que describen la condición humana y la comprensión de Dios de la debilidad de esa condición, que desembocan en el discurso de Moisés al pueblo, que recoge el Deuteronomio, en el que le hace ver hasta qué punto Yahvé se ha comprometido con su pueblo. El texto evangélico continúa presentando el evangelio de Mateo y los episodios del discorrir de Jesús, con escenas de relieve como la de la Cananea y la confesión de Betsaida.

La fiesta de san Juan María Vianney, el Cura de Ars, adquiere un carácter peculiar este año, cuando celebramos los 150 años de su muerte, en cuyo recuerdo se celebra el año sacerdotal. La fiesta de la Trasfiguración, en mucho sitios la fiesta de el Salvador, irradia luz sobre toda la semana. Proclama que en medio del verano del hemisferio Norte, no podemos olvidarnos del Jesús resucitado presente en nuestra historia. Como es evidente, los dominicos y dominicas celebramos como familia a nuestro fundador. Según pasan los años y aparecen reflexiones sobre la santo Domingo de Guzmán, su figura manifiesta más razones para ser admirada e imitada en la Iglesia.

Lun

3
Ago

2009

Evangelio del día

Decimoctava Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“Jesús les dijo: - No es necesario que vayan, dadles vosotros de comer.”

Primera lectura

Lectura del libro de los Números 11,4b-15

En aquellos días, los israelitas dijeron: «¡Quién pudiera comer carne! Cómo nos acordamos del pescado que comíamos gratis en Egipto, y de los pepinos y melones y puerros y cebollas y ajos. Pero ahora se nos quita el apetito de no ver más que maná.»

El maná se parecía a semilla de coriandro con color de bedelio; el pueblo se dispersaba a recogerlo, lo molían en el molino o lo machacaban en el almirez, lo cocían en la olla y hacían con ello hogazas que sabían a pan de aceite. Por la noche caía el rocío en el campamento y, encima de él, el maná.

Moisés oyó cómo el pueblo, familia por familia, lloraba, cada uno a la entrada de su tienda, provocando la ira del Señor; y disgustado, dijo al Señor: «¿Por qué tratas mal a tu siervo y no le concedes tu favor, sino que le haces cargar con todo este pueblo? ¿He concebido yo a todo este pueblo o lo he dado a luz, para que me digas: "Coge en brazos a este pueblo, como una nodriza a la criatura, y llévalo a la tierra que prometí a sus padres"? ¿De dónde sacaré pan para repartirla a todo el pueblo? Vienen a mi llorando: "Danos de comer carne." Yo solo no puedo cargar con todo este pueblo, pues supera mis fuerzas. Si me vas a tratar así, más vale que me hagas morir; concédeme este favor, y no tendré que pasar tales penas.»

Salmo

Sal 80,12-13.14-15.16-17 R/. Aclamad a Dios, nuestra fuerza

Mi pueblo no escuchó mi voz,
Israel no quiso obedecer:
los entregué a su corazón obstinado,
para que anduviesen según sus antojos. R/.

¡Ojalá me escuchase mi pueblo
y caminase Israel por mi camino!
en un momento humillaría a sus enemigos
y volvería mi mano contra sus adversarios. R/.

Los que aborrecen al Señor te adularían,
y su suerte quedaría fijada;
te alimentaría con flor de harina,
te saciaría con miel silvestre. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 14,13-21

En aquel tiempo, al enterarse Jesús de la muerte de Juan, el Bautista, se marchó de allí en barca, a un sitio tranquilo y apartado. Al saberlo la gente, lo siguió por tierra desde los pueblos. Al desembarcar, vio Jesús el gentío, le dio lástima y curó a los enfermos. Como se hizo tarde, se acercaron los discípulos a decirle: «Estamos en despoblado y es muy tarde, despide a la multitud para que vayan a las aldeas y se compren de comer.»

Jesús les replicó: «No hace falta que vayan, dadles vosotros de comer.»

Ellos le replicaron: «Si aquí no tenemos más que cinco panes y dos peces.»

Les dijo: «Traédmelos.»

Mandó a la gente que se recostara en la hierba y, tomando los cinco panes y los dos peces, alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos; los discípulos se los dieron a la gente. Comieron todos hasta quedar satisfechos y recogieron doce cestos llenos de sobras. Comieron unos cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños.

Reflexión del Evangelio de hoy

En las dos lecturas nos encontramos con el hambre. Con hambre de un pueblo o de una multitud. Pueblo y multitud que siguen a un caudillo, a un maestro. Caudillo y Maestro son personas de sentimientos. Los de Moisés quedan claro en el bello texto de Números: le duele su pueblo hambriento. También el texto de Mateo es claro respecto de Jesús, “le dio lástima del gentío y curó a los enfermos”. En otras versiones antes de la “multiplicación” de los panes, se dice que a Jesús le daba lástima de quienes lo seguían porque estaban desorientados y extenuados. Vamos a subrayar esos sentimientos. Se es “caudillo” del pueblo o “maestro” cuando ante todo se siente a ese pueblo, se le quiere. Sólo ese compromiso afectivo autoriza a ejercer la autoridad sobre los demás.

Moisés se manifiesta incapaz de dar satisfacción al pueblo que Dios le ha puesto en sus manos. Es iluminador ese sentimiento de pobreza, de debilidad de Moisés ante la tarea que Yahvé le encomienda. Los discípulos se ven incapaces de alimentar a la multitud. Pienso en la incapacidad que sienten padres y madres para conducir a sus hijos por el camino de la fe o la educación auténtica. Se sienten desbordados por la responsabilidad. Pienso en agentes de pastoral, sacerdotes, laicos, laicas, educadores que perciben esa impotencia. Dios sigue diciéndoles como Cristo a sus discípulos, “dadles de comer”. Pero cómo y con qué. Compartamos lo que tenemos, lo poco que tenemos, también nuestro tiempo; compartamos lo poco que somos, ofrezcamos nuestro afecto, y Dios obrará, multiplicará nuestras fuerzas, y habrá alimento para todos.



Fray Juan José de León Lastra
Convento de Ntra. Sra. de Atocha (Madrid)

Mar

4

Ago

2009

Evangelio del día

Decimoctava Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“De madrugada se les acercó Jesús, andando sobre el agua.”

Primera lectura

Lectura del libro de los Números 12, 1-13

En aquellos días, María y Aarón hablaron contra Moisés, a causa la mujer cusita que habla tomado por esposa.

Dijeron: «¿Ha hablado el Señor sólo a Moisés? ¿No nos ha hablado también a nosotros?»

El Señor lo oyó. Moisés era el hombre más sufrido del mundo.

El Señor habló de repente a Moisés, Aarón y María: «Salid los tres hacia la tienda del encuentro.»

Y los tres salieron. El Señor bajó en la columna de nube y se colocó a la entrada de la tienda, y llamó a Aarón y María.

Ellos se adelantaron, y el Señor dijo: «Escuchad mis palabras: Cuando hay entre vosotros un profeta del Señor, me doy a conocer a él en visión y le hablo en sueños; no así a mi siervo Moisés, el más fiel de todos mis siervos. A él le hablo cara a cara; en presencia y no adivinando contempla la figura del Señor. ¿Cómo os habéis atrevido a hablar contra mi siervo Moisés?»

La ira del Señor se encendió contra ellos, y el Señor se marchó. Al apartarse la nube de la tienda, María tenía toda la piel descolorida, como nieve. Aarón se volvió y la vio con toda la piel descolorida.

Entonces Aarón dijo a Moisés: «Perdón, señor; no nos exijas cuentas del pecado que hemos cometido insensatamente. No la dejes a María como un aborto que sale del vientre, con la mitad de la carne comida.»

Moisés suplicó al Señor: «Por favor, cúrala.»

Salmo

Sal 50,3-4.5-6.12-13 R/. Misericordia, Señor: hemos pecado

Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito,
limpia mi pecado. R/.

Pues yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi pecado:
contra ti, contra ti solo pequé,
cometí la maldad que aborreces.
En la sentencia tendrás razón,
en el juicio resultarás inocente. R/.

Oh Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme;
no me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 14, 22-36

Después que la gente se hubo saciado, Jesús apremió a sus discípulos a que subieran a la barca y se le adelantaran a la otra orilla, mientras él despedía a la gente. Y, después de despedir a la gente, subió al monte a solas para orar. Llegada la noche, estaba allí solo. Mientras tanto, la barca iba ya muy lejos de tierra, sacudida por las olas, porque el viento era contrario. De madrugada se les acercó Jesús, andando sobre el agua. Los discípulos, viéndole andar sobre el agua, se asustaron y gritaron de miedo, pensando que era un fantasma.

Jesús les dijo en seguida: «¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!»

Pedro le contestó: «Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti andando sobre el agua.»

Él le dijo: «Ven.»

Pedro bajó de la barca y echó a andar sobre el agua, acercándose a Jesús; pero, al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, empezó a hundirse y gritó: «Señor, sálvame.»

En seguida Jesús extendió la mano, lo agarró y le dijo: «¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?»

En cuanto subieron a la barca, amainó el viento.

Los de la barca se postraron ante él, diciendo: «Realmente eres Hijo de Dios.»

Terminada la travesía, llegaron a tierra en Genesaret. Y los hombres de aquel lugar, apenas lo reconocieron, pregonaron la noticia por toda aquella comarca y trajeron donde él a todos los enfermos. Le pedían tocar siquiera la orla de su manto, y cuantos la tocaron quedaron curados.

Reflexión del Evangelio de hoy

“A mi siervo Moisés, el más fiel de todos mis siervos, le hablo cara a cara”

Ante el trato tan especial que Dios tenía con Moisés, su siervo, a quien hablaba “cara a cara” y no con enigmas, sus hermanos María y Aarón sienten el aguijón de la envidia. Ellos son profetisa y sacerdote respectivamente, y Yavéh también les había hablado a ellos, pero la relación con Moisés era más íntima, de más confianza. Ante esta actitud de crítica, juicio y murmuración contra él, Moisés calla: “era el hombre de más aguante del mundo” (en otras traducciones de la Escritura dice “el más paciente”). Es el mismo Yavéh quien sale en su defensa, y le define como “el más fiel de todos mis siervos”. En definitiva, les deja claro que Él es Dios, y que actúa de modo distinto con cada uno, pero siempre con misericordia. María sufre las consecuencias de su pecado y por fin, Moisés, adelantándose a los tiempos, pone en práctica el mandato de Jesús de orar por los que nos persiguen, intercediendo por sus hermanos. La pericopa no lo cuenta, pero María se cura de su enfermedad.

Tenemos siempre cerca el peligro de la envidia, no ya solo de los bienes materiales, sino incluso de los bienes espirituales que nuestros hermanos han recibido de Dios como un don. Cuando esta tentación nos aceche, debemos examinar cuáles nos ha concedido a nosotros el Señor, agradecerlos, y compartirlos con los hermanos. Y pedir perdón, como sugiere el salmo de hoy: “lava del todo mi delito, limpia mi pecado”.

Y si alguna vez nos sentimos objeto de envidia, la reacción de Moisés puede servirnos de modelo: si nuestra causa la lleva el Señor, Él saldrá en nuestra defensa. Nuestra actitud será orar e interceder por el hermano que se equivoca.

“Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti andando sobre el agua. Jesús le dijo: ¡VEN!”

La liturgia nos propone hoy un milagro de Jesús, que actúa en contra de las leyes de la naturaleza. En la Escritura, el mar es símbolo de la muerte, por lo que ver caminar a Jesús sobre las aguas tiene un sentido de resurrección anticipada, muestra su poder para vencer la muerte y el pecado. La oscuridad de la noche propone también una ambientación de tiniebla, de pecado.

Los discípulos, zarandeados por el viento en la barca, llenos de miedo, nos hacen recordar también el momento en que están encerrados en el cenáculo por miedo a los judíos. El primer pensamiento de los discípulos al ver a Jesús caminando sobre el agua es el mismo que tendrán cuando lo vean resucitado: “Creían ver un fantasma”. Y la respuesta de Jesús, la misma que entonces: “¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!”

Pedro, el impetuoso discípulo, se atreve a “poner a prueba” a Jesús: “Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti andando sobre el agua”. Jesús accede a su petición: “¡Ven!”. La resurrección de Jesús, y el envío de su Espíritu Santo también nos da a nosotros el poder para

vencer el pecado; nos anima a seguirle porque Él va por delante, está con nosotros. Con los ojos fijos en el Señor, conseguiremos acercarnos a Jesús. Mirando al Señor, todo va bien. Pero en cuanto Pedro se miró a sí mismo, vio lo que pasaba, y que el viento era fuerte..., en definitiva, la falta de fe, de confianza hace que comience a hundirse. Ciertamente que podemos siempre tener momentos de angustia, de duda, pero también está en nuestra mano el recurso a la oración: "¡Señor, sálvame!". Esta oración nunca será desatendida por nuestro Salvador, y tendremos que postrarnos ante su poder y continuar confesándole: "Realmente eres Hijo de Dios".



Monasterio Ntra. Sra. de la Piedad - MM. Dominicas
Palencia

Mié
5
Ago
2009

Evangelio del día

Decimotava Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

"Jesús le respondió: Mujer, ¡qué grande es tu fe!"

Primera lectura

Lectura del libro de los Números 13,1-2.25; 14,1.26-30.34-35

En aquellos días, el Señor dijo a Moisés en el desierto de Farán: «Envía gente a explorar el país de Canaán, que yo voy a entregar a los israelitas: envía uno de cada tribu, y que todos sean jefes.»

Al cabo de cuarenta días volvieron de explorar el país; y se presentaron a Moisés, a Aarón y a toda la comunidad israelita, en el desierto de Farán, en Cadés. Presentaron su informe a toda la comunidad y les enseñaron los frutos del país.

Y les contaron: «Hemos entrado en el país adonde nos enviaste; es una tierra que mana leche y miel; aquí tenéis sus frutos. Pero el pueblo que habita el país es poderoso, tienen grandes ciudades fortificadas (hemos visto allí hijos de Anac). Amalec vive en la región del desierto, los hititas, jebuseos y amorreos viven en la montaña, los cananeos junto al mar y junto al Jordán.»

Caleb hizo callar al pueblo ante Moisés y dijo: «Tenemos que subir y apoderarnos de esa tierra, porque podemos con ella.»

Pero los que habían subido con él replicaron: «No podemos atacar al pueblo, porque es más fuerte que nosotros.»

Y desacreditaban la tierra que habían explorado delante de los israelitas: «La tierra que hemos cruzado y explorado es una tierra que devora a sus habitantes; el pueblo que hemos visto en ella es de gran estatura. Hemos visto allí gigantes, hijos de Anac: parecíamos saltamontes a su lado, y así nos veían ellos.»

Entonces toda la comunidad empezó a dar gritos, y el pueblo lloró toda la noche.

El Señor dijo a Moisés y Aarón: «¿Hasta cuándo seguirá esta comunidad malvada protestando contra mí? He oído a los israelitas protestar de mí. Pues díles: "Por mi vida -oráculo del Señor-, que os haré lo que me habéis dicho en la cara; en este desierto caerán vuestros cadáveres, y de todo vuestro censo, contando de veinte años para arriba, los que protestasteis contra mí no entraréis en la tierra donde juré que os establecería. Sólo exceptúo a Josué, hijo de Nun, y a Caleb, hijo de Jefoné. Contando los días que explorasteis la tierra, cuarenta días, cargaréis con vuestra culpa un año por cada día, cuarenta años. Para que sepáis lo que es desobedecerme. Yo, el Señor, juro que trataré así a esa comunidad perversa que se ha amotinado contra mí: en este desierto se consumirán y en él morirán.»

Salmo

Sal 105,6-7a.13-14.21-22.23 R/. Acuérdate de mí, Señor, por amor a tu pueblo

Hemos pecado con nuestros padres,
hemos cometido maldades e iniquidades.
Nuestros padres en Egipto
no comprendieron tus maravillas. R/.

Bien pronto olvidaron sus obras,
y no se fiaron de sus planes:
ardían de avidez en el desierto
y tentaron a Dios en la estepa. R/.

Se olvidaron de Dios, su salvador,
que había hecho prodigios en Egipto,
maravillas en el país de Cam,
portentos junto al mar Rojo. R/.

Dios hablaba ya de aniquilarlos;
pero Moisés, su elegido,
se puso en la brecha frente a él,
para apartar su cólera del exterminio. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 15,21-28

En aquel tiempo, Jesús se marchó y se retiró al país de Tiro y Sidón.

Entonces una mujer cananea, saliendo de uno de aquellos lugares, se puso a gritarle: «Ten compasión de mí, Señor, Hijo de David. Mi hija tiene un demonio muy malo.»

Él no le respondió nada.

Entonces los discípulos se le acercaron a decirle: «Atiéndela, que viene detrás gritando.»

Él les contestó: «Sólo me han enviado a las ovejas descarriadas de Israel.»

Ella los alcanzó y se postró ante él, y le pidió: «Señor, socórreme.»

Él le contestó: «No está bien echar a los perros el pan de los hijos.»

Pero ella repuso: «Tienes razón, Señor; pero también los perros se comen las migajas que caen de la mesa de los amos.»

Jesús le respondió: «Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas.»

En aquel momento quedó curada su hija.

Reflexión del Evangelio de hoy

La Cananea y las “cananeas”

De entrada, sentimos desconcierto y perplejidad ante la actitud de Jesús con esta mujer. Aquí hay trampa, este no es el estilo de Jesús. ¿Por qué esa frialdad, esa dureza? ¿Simplemente porque era sirofenicia, extranjera?

Si Jesús prueba tan duramente a esta mujer y, aparentemente, la rechaza, es para, al final, aclararlo todo, abrirla sus brazos y atender a su petición. Este sí es el Jesús que conocemos y al que estamos acostumbrados a escuchar. Jesús deja claro que la mera pertenencia a un pueblo, raza o religión, ni salva ni santifica. Jesús busca la actitud interior de cada uno, la fe, la disponibilidad, la apuesta que cada uno hacemos en la vida.

La cananea era madre y sufría porque su hija estaba muy enferma. El amor la hizo capaz de todo. Además, se fió ciegamente de Jesús. Y Jesús, como siempre, apostó por ella y por su fe. Esto nos consuela sobremedida. Hay muchas madres, hay muchas cananeas “tratando de comer de las migajas que caen de la mesa de los señores”. Desde un día tal como hoy, ellas y nosotros sabemos qué hacer para que Jesús apueste de nuevo por ellas y por nosotros.

La Virgen Blanca o Santa María de las Nieves

La fiesta alude a una leyenda del siglo IV. Según una antigua tradición, había un matrimonio muy rico que, al no tener descendientes, decidieron hacer algo con sus bienes en honor de la Santísima Virgen. Siempre según la tradición, una noche de agosto, en sueños, creyeron ver perfectamente señalado con líneas de nieve, el lugar elegido para que construyeran un templo dedicado a la Santísima Virgen.

Este es el origen de la gran Basílica de Santa María la Mayor, también llamada basílica Liberiana, por su fundador el Papa Liborio. Después del Concilio de Éfeso, la ciudad entera contribuyó a su esplendor. Fue decorada con pinturas, frescos, mosaicos, que aludían a la maternidad divina de María.

En España nos honramos de tener imágenes, capillas, iglesias, calles con este nombre de la Virgen Blanca. Y alguna ciudad escogió esta advocación para sus fiestas patronales. Sólo queda que, al lado de las celebraciones y recuerdos festivos, unamos el recuerdo de María, la del Evangelio, y que, al recordarla, celebremos su maternal protección sobre nosotros.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
La Virgen del Camino

Jue Evangelio del día

6

Ago

2009

Decimotava Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

Hoy celebramos: Transfiguración del Señor (6 de Agosto)

“Jesús se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan, subió con ellos solos a una montaña alta, y se transfiguró delante de ellos”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Daniel 7, 9-10. 13-14

Durante la visión, vi que colocaban unos tronos, y un anciano se sentó; su vestido era blanco como nieve, su cabellera como lana limpiísima; su trono, llamas de fuego; sus ruedas, llamaradas. Un río impetuoso de fuego brotaba delante de él. Miles y miles le servían, millones estaban a sus órdenes. Comenzó la sesión y se abrieron los libros.

Mientras miraba, en la visión nocturna vi venir en las nubes del cielo como un hijo de hombre, que se acercó al anciano y se presentó ante él.

Le dieron poder real y dominio; todos los pueblos, naciones y lenguas lo respetarán. Su dominio es eterno y no pasa, su reino no tendrá fin.

Salmo

Sal 96, 1-2. 5-6.9 R./ El Señor reina, altísimo sobre toda la tierra.

El Señor reina, la tierra goza,
se alegran las islas innumerables.
Tiniebla y nube lo rodean,
justicia y derecho sostienen su trono.
R./ El Señor reina, altísimo sobre toda la tierra.

Los montes se derriten como cera
ante el dueño de toda la tierra;
los cielos pregonan su justicia,
y todos los pueblos contemplan su gloria.
R./ El Señor reina, altísimo sobre toda la tierra.

Porque tú eres, Señor,
altísimo sobre toda la tierra,
encumbrado sobre todos los dioses.
R./ El Señor reina, altísimo sobre toda la tierra.

Segunda lectura

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pedro. 1, 16-19

Hermanos: Cuando os dimos a conocer el poder y la última venida de nuestro Señor Jesucristo no nos fundábamos en invenciones fantásticas, sino que habíamos sido testigos oculares de su grandeza.

Él recibió de Dios Padre honra y gloria, cuando la Sublime Gloria le trajo aquella voz: “Éste es mi Hijo Amado, en Él me he complacido”. Esta voz traída del cielo la oímos nosotros estando con Él en la montaña sagrada. Esto nos confirma la palabra de los profetas, y hacéis muy bien en prestarle atención, como a una lámpara que brilla en un lugar oscuro, hasta que despunte el día, y el lucero nazca en vuestros corazones.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 9, 2-10

Jesús se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan, subió con ellos solos a una montaña alta, y se transfiguró delante de ellos. Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador... Se le aparecieron Elías y Moisés conversando con Jesús. Entonces Pedro tomó la palabra y dijo a Jesús: “ Maestro, ¡Qué bien se está aquí! Vamos a hacer tres chozas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías. Estaban asustados y no sabía lo que decía.

Se formó una nube que los cubrió y salió una voz de la nube: “Éste es mi Hijo amado, escuchadlo”.

De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús...

Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: “No contéis a nadie lo que habéis visto hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos”.

Reflexión del Evangelio de hoy

Somos testigos

Parece que Pedro tiene que enfrentarse a teorías extrañas e inventadas sobre la última venida del Señor. Tiene miedo de que la fe de la comunidad esté en peligro y recuerda su experiencia en la montaña de la transfiguración, declarándose testigo de la manifestación de honra y gloria de Jesús. Él tuvo la suerte de presenciar aquel acontecimiento.

La segunda venida de Jesús, será al final de nuestro recorrido. El Señor volverá, pero no sabemos cuando. Nuestra esperanza debe mantenerse firme.

La palabra de los profetas y el Evangelio son señales luminosas en nuestro caminar. Es necesaria la escucha de la Palabra. Pedro nos invita a escuchar a Jesús.

Cada vez más se nos está imponiendo como necesidad terapéutica, la espiritualidad de la escucha en estos tiempos en que estamos tan contaminados por la velocidad, se nos impone la escucha sosegada. El silencio da valor a la palabra y la palabra culmina en el silencio, ya que continúa diciendo lo que la palabra no logra expresar.

Éste es mi Hijo, ¡escuchadlo!

Con Pedro, que poco antes había querido alejar a Jesús del sufrimiento y de la cruz, y con Santiago y Juan que pedían los primeros puestos en aquel reino que ellos imaginaban, Jesús sube a un monte y se transfigura delante de ellos.. Les había hablado de que iba a sufrir mucho, de que iba a morir y de que después iba a resucitar, pero...no habían entendido nada. Ahora se les presenta “revestido” de la gloria del mismo Dios, hablando con Moisés y Elías. Éstos, representan la ley y los profetas de Israel. Hablan con Jesús de su “éxodo”, esto es, del paso de Jesús de este mundo al Padre., que incluye muerte y resurrección.

Los discípulos no parece que entiendan gran cosa. Pedro propone hacer tres tiendas, una para cada uno. No ha captado la novedad de Jesús, y lo pone al mismo nivel que a Moisés y a Elías, y además no quiere afrontar las dificultades del seguimiento. La voz que sale de la nube, símbolo de la presencia de Dios, lo aclara todo: “Éste es mi Hijo, amado, escuchadle a Él”. No escuchéis a Moisés o a Elías, escuchad a Jesús. Sólo Él es el Hijo.

Jesús está solo. Toda la atención se centra en Él. La ley (Moisés) y los profetas (Elías) han desaparecido y sólo resuena ya con fuerza la voz de Jesús.

Los cristianos hemos de poner en el centro de nuestra fe a Jesús, no a Moisés. Es un error confundir a Dios con un conjunto de obligaciones. Dios está más allá de esas leyes. Hemos de poner en el centro de nuestra vida a Jesús, no a Elías ni a otros profetas... Nadie como Jesús nos puede liberar de los ídolos que se albergan dentro de nosotros. Sólo Jesús irradia luz. No hemos de confundirlo con nadie y hemos de escucharle.

Este día de la transfiguración coincide con el aniversario de la muerte de Domingo de Guzmán, aquel hombre que escuchaba las necesidades de los hombres para contárselas a Dios y escuchaba a Dios para hablarles a los hombres.



Hna. Belén Eslava Vizcay
Dominica de la Enseñanza. Diplomada en Teología

Transfiguración del Señor

Transfiguración del Señor

El misterio de Dios y los misterios de Cristo

El misterio eterno, que es Dios, se nos ha hecho manifiesto a los hombres en los misterios temporales de Cristo y su ser trascendente en los tiempos de un hombre, que ha hecho el camino de nuestra historia para concluirlo en la muerte y abrirla a una plenitud prometida. El Ser de Dios y el tiempo de Cristo coinciden y son inseparables. En los días de su vida mortal ha trasparecido el relumbre de lo eterno; del eterno que es Dios mismo y de la vida eterna prometida a sus criaturas. La transfiguración es ese momento de la vida de Cristo en que la gloria y eternidad inciden en el tiempo y el mundo, permitiéndonos adivinar la identidad de Cristo, a la vez que adivinar lo que es nuestro destino. En su ser, por tanto, se refleja el ser de Dios y se anticipa el destino de los hombres.

La actualización perenne de Cristo en el mundo

Aquella historia pasada de Cristo se actualiza en la Iglesia por las diversas formas en las que la comunidad, alentada por el Espíritu y guiada por los apóstoles, va haciendo presente su persona y su obra: la liturgia, el relato que los Evangelios nos dejaron, las representaciones artísticas. La memoria de los hombres, la potencia del Santo Espíritu y el poder creador que Dios otorgó a sus criaturas confieren presencia viva al que existió en un lugar y tiempo concretos del mundo, pero cuya perennidad glorificada en Dios le hace ya contemporáneo de todos los hombres en todos los lugares. Ha habido, por tanto, relato de la transfiguración, celebración litúrgica de la transfiguración y representaciones artísticas de la transfiguración. Homilias, comentarios espirituales y teológicos han intentado recuperar los hechos vividos por los protagonistas de entonces, a la vez que desvelar su sentido para todos los creyentes posteriores. «La celebración litúrgica ha ido actualizándola por la fuerza del Espíritu, que transforma los dones y ofrendas que los creyentes hacen a Dios a la vez que a los donantes y oferentes para hacerles partícipes del cuerpo entregado por nosotros, que ya es cuerpo de gloria y de santificación». Las representaciones artísticas, que no han cesado desde la primera que tenemos en el Oriente (mosaico del ábside de la iglesia de Santa Catalina del monasterio en el Sinaí, siglo VI) y en Occidente (mosaico de San Apolinar en Classe, cerca de Rávena, en torno a 549) hasta nuestros días, nos han ido acercando a la voz que se oyó del cielo y a la figura transfigurada.

La irrupción transformadora de la «Gloria»

¿Cuál fue la realidad de esa «transfiguración» de Jesús, que Lucas sitúa en la soledad y en la oración? Marcos y Mateo hablan de una «metamorfosis». La forma y figura de Jesús cambian ante los tres testigos, Pedro, Santiago y Juan. San Lucas, que no quiere que sus lectores paganos, acostumbrados a la metamorfosis de los dioses en figuras humanas, confundan a Jesús con un héroe o dios más, utiliza otra fórmula: «Y mientras él oraba, el aspecto de su rostro se volvió otro, y su vestidura blanca, relampagueante» (9, 29). La palabra del Padre y la acción del Espíritu Santo sobre el hombre Jesús sacan a la luz visible lo que constituye su realidad filial y eterna, que permanece invisible para los ojos humanos. La claridad divina y el peso de ser, que el Hijo comparte con el Padre y el Espíritu, transfunden plenamente esa humanidad, que hasta ahora ha quedado ligada y atendida a las condiciones de una encarnación en ocultamiento y límite, para hacerla manifiesta ante los que le acompañan. El que es Hijo eterno hace redundar su divinidad en su humanidad, de forma que resuena en el espacio y en el tiempo humanos lo que él es desde siempre como Hijo y que ahora se expresa en la humanidad, finita y creada, tomada de María.

La teología y la espiritualidad han leído la transfiguración de Jesús en dos claves levemente diferenciadas. Una lectura ha visto en este acontecimiento una anticipación, como un destello previo y anunciador de la futura resurrección. Se estaba haciendo presente ya aquí la futura resurrección de Cristo y la nuestra. Lo que le será dado a la humanidad de Cristo, como fruto de su libertad entregada a la voluntad del Padre y al servicio de los hombres, le es anticipado aquí. Como en una hendidura del tiempo, la gloria de Dios se comunica a esa humanidad y redundante sobre los que la contemplan. El Salvador es transfigurado; su carne sigue siendo humana, pero participando en el destello de su gloria primigenia. La otra lectura ve la transfiguración desde la encarnación: el que es Hijo eterno y ha retenido su gloria, ahora la deja repercutir sobre su humanidad en plenitud y sobre los discípulos como promesa. La primera lectura, por tanto, se centra en la resurrección y humanidad de Jesús; mientras que la segunda se centra en la encarnación y en su divinidad, plenamente real desde el comienzo. La transfiguración es así la síntesis del misterio de Jesús: el que es partícipe de la gloria de Dios asume nuestra carne, sin perder su divinidad, pero a la vez asume nuestra historia y por ello retiene esa gloria cuando lleva a consumación la obra encargada por el Padre. En la resurrección es Hijo en plenitud, no sólo de divinidad eterna, sino de humanidad temporal.

Los padres y teólogos han visto en conexión ambos misterios: el bautismo de Jesús y su transfiguración. Sobre todo la teología griega, que ha acentuado la significación del Espíritu Santo en la configuración de la humanidad de Cristo: gestándola en las entrañas de María, viniendo sobre ella en el bautismo, transfigurándola en la montaña y asumiéndola en la resurrección a la plenitud de Dios. De esta forma ha pensado el significado del tiempo y de la duración, de la libertad y de la oración en la vida de Jesús. Éste ha ido siendo Hijo encarnado, en la medida en que ha ido siendo hombre realizado. La realización de la existencia humana se inicia con la concepción y se consuma con el acto supremo de la muerte. El Espíritu Santo ha acompañado a Jesús desde la concepción a la muerte.

La teología griega, desde la patrística hasta Boulgakof en nuestros días, ha establecido la conexión entre el bautismo y la transfiguración de Jesús con la acción del Espíritu sobre él, que es quien transforma la oscuridad de nuestros cuerpos en la claridad de la gloria de Dios; y nuestra mortalidad y pesadumbre en la alegre y eterna levedad del ser de Dios. Santo Tomás, que también aquí es genial, ya que es de los pocos que trata de la transfiguración de Jesús entre los misterios de su vida, ve en ella el resultado de la acción del Espíritu sobre la humanidad de Jesús y una revelación del misterio trinitario para nosotros: «En el bautismo, donde fue declarado el misterio de la primera regeneración, se mostró la operación de toda la Trinidad por el hecho de que estuvo allí el Hijo encarnado, apareció el Espíritu Santo en figura de paloma y el Padre se manifestó a sí mismo en la voz. Así también en la transfiguración, que es el sacramento de la segunda regeneración, apareció toda la Trinidad, el Padre en la voz, el Hijo en el hombre, y el Espíritu Santo en la nube clara; porque de la misma forma que en el bautismo da la inocencia, así en la resurrección dará a los elegidos la claridad de su gloria y el refrigerio de todo mal, que

es designada por la nube claras».

La Transfiguración en la vida del cristiano

Todo lo que ocurre en Jesús ocurre en él y para él, pero a la vez se está anticipando y prometiendo lo que es el destino y vocación de todos los que íbamos a creer en él, a seguir sus huellas y a compartir su muerte, culminada en la resurrección. En el contexto en que la relatan los evangelistas quieren ilustrar a los discípulos para que comprendan la mesianidad de Jesús no en clave política, ni social-revolucionaria, tal como los títulos de Mesías, Rey y Soberano podían hacerla pensar, sino en la figura del Siervo de Yahvé, que pasa por el sufrimiento, que asume la suerte y el pecado de los suyos, que va a la resurrección pasando por los sufrimientos. La figura del Mesías, y con ella la de los que llevan su nombre (Mesías, Cristo - creyentes, cristianos), tiene en este mundo los estigmas del dolor y de la sangre, hasta la muerte. Pero a la vez la transfiguración ilustra sobre la última etapa: sufrimientos y crucifixión no son la última fase de la vida de Jesús y la última palabra de Dios. Por eso, a la luz de la transfiguración, los apóstoles podrán superar el escándalo de la muerte del Maestro, para la que él los ha preparado.

Además de una función ilustrativa, este misterio abre el sentido de la vocación cristiana. Ella es también parte de nuestra existencia. El bautismo nos ha conformado a su muerte y resurrección, Llevados por su Espíritu podemos sentirnos hijos de Dios, clamar gozosa y filialmente Abba ante Dios, ser libres en el mundo. Ese Jesús que va viviendo tiempos de gozo y de dolor, de pasión y de gloria, es al que nosotros nos tenemos que configurar y conformar. Las grandes figuras de la historia de la espiritualidad han ido mostrándonos como redobles de sus misterios. Todos los santos han sido tales por identificación con su persona y por haber compartido y revivido, con especial intensidad, uno u otro de sus misterios. Han querido identificarse con el alma de Cristo y con su cuerpo, revivir sus llagas, sentir sus dolores, vivir de su oración, identificarse con su aliento filial para con el Padre. En una palabra, transformarse internamente y transfigurarse externamente hasta ser como él. Los estigmas de San Francisco, la transverberación de Santa Teresa, las enfermedades y agonías de otros santos, son redundancia en la corporeidad de esa identificación viva con la persona, los deseos y sentimientos de Jesús. Quien es del todo como Jesús termina pareciéndose a él. ¿Qué extraño que sienta su agonía en unos momentos y su gloria en otros? Sor Isabel de la Trinidad oraba: «¡Oh Cristo, Amado mío..., os pido que me revistáis de vos e identifiquéis mi alma con todos los sentimientos de la vuestra...». Raïssa Maritain escribió un poema o súplica bajo este título: «Transfiguración».

Ésa es la vocación cristiana: transformarnos en Cristo por la acción de su Espíritu Santo, para participar en su filiación y así estar radicados en el misterio de Dios, como enseña Pablo: «Todos nosotros, a cara descubierta, contemplamos la gloria del Señor como en un espejo y nos transformamos en la misma imagen, de gloria en gloria, a medida que obra en nosotros el Espíritu del Señor» (2Co 3, 18). «Nuestro Salvador, el Señor Jesucristo, reformará el cuerpo de nuestra vileza, conforme a su cuerpo glorioso, en virtud del poder que tiene para someterse a sí todas las cosas» (Flp 3, 20-21). La transfiguración de Jesús ilumina así también el destino final de nuestros cuerpos: ser conformes al suyo glorioso, esto es, «conocerle a él y el poder de su resurrección y la participación en sus padecimientos, conformándome a él en la muerte, por si logro alcanzar la resurrección de los muertos» (Flp 3, 10).

Olegario González de Cardedal

Vie

7

Ago

2009

Evangelio del día

Decimotava Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“El que la pierda por mí, la encontrará”

Primera lectura

Lectura del libro del Deuteronomio 4,32-40

Moisés habló al pueblo, diciendo: «Pregunta, pregunta a los tiempos antiguos, que te han precedido, desde el día en que Dios creó al hombre sobre la tierra: ¿hubo jamás, desde un extremo al otro del cielo, palabra tan grande como ésta?; ¿se oyó cosa semejante?; ¿hay algún pueblo que haya oído, como tú has oído, la voz del Dios vivo, hablando desde el fuego, y haya sobrevivido?; ¿algún Dios intentó jamás venir a buscarse una nación entre las otras por medio de pruebas, signos, prodigios y guerra, con mano fuerte y brazo poderoso, por grandes terrores, como todo lo que el Señor, vuestro Dios, hizo con vosotros en Egipto, ante vuestros ojos? Te lo han hecho ver para que reconozcas que el Señor es Dios, y no hay otro fuera de él. Desde el cielo hizo resonar su voz para enseñarte, en la tierra te mostró aquel gran fuego, y oíste sus palabras que salían del fuego. Porque amó a tus padres y después eligió a su descendencia, él en persona te sacó de Egipto con gran fuerza, para desposeer ante ti a pueblos más grandes y fuertes que tú, para traerte y darte sus tierras en heredad, cosa que hoy es un hecho. Reconoce, pues, hoy y medita en tu corazón, que el Señor es el único Dios, allá arriba en el cielo, y aquí abajo en la tierra; no hay otro. Guarda los preceptos y mandamientos que yo te prescribo hoy, para que seas feliz, tú y tus hijos después de ti, y prolongues tus días en el suelo que el Señor, tu Dios, te da para siempre.»

Salmo

Sal 76,12-13.14-15.16.21 R/. Recuerdo las proezas del Señor

Recuerdo las proezas del Señor;
sí, recuerdo tus antiguos portentos,
medito todas tus obras
y considero tus hazañas. R/.

Dios mío, tus caminos son santos:
¿qué dios es grande como nuestro Dios?
Tú, oh Dios, haciendo maravillas,
mostraste tu poder a los pueblos. R/.

Con tu brazo rescataste a tu pueblo,
a los hijos de Jacob y de José.
Guiabas a tu pueblo, como a un rebaño,
por la mano de Moisés y de Aarón. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 16,24-28

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Si uno quiere salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí la encontrará. ¿De qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida? ¿O qué podrá dar para recobrarla? Porque el Hijo del hombre vendrá entre sus ángeles, con la gloria de su Padre, y entonces pagará a cada uno según su conducta. Os aseguro que algunos de los aquí presentes no morirán sin antes haber visto llegar al Hijo del hombre con majestad.»

Reflexión del Evangelio de hoy

“Dios actúa y nos habla... para que seamos felices”

Dios tiene una manera peculiar de acercarse a nosotros. Primero actúa: nos regala la vida creándonos a su imagen y semejanza, pone la creación entera a nuestro servicio, saca al pueblo judío de Egipto, hace con él una alianza de amistad... Después de hacer obras grandes en favor nuestro, es decir, después de demostrarnos que nos quiere y que, por lo tanto, nos podemos fiar de él, nos habla, nos enseña el camino que hemos de seguir para ser felices: “Guarda los preceptos y mandatos que yo te prescribo hoy, para que seas feliz”. Y nos pide que nunca nos olvidemos de lo que ha hecho con nosotros y que le hagamos caso: “Guárdate muy bien de olvidar los hechos que presenciaron tus ojos, que no se aparten de tu memoria mientras te dure la vida”.

Si uno quiere salvar su vida

En la misma línea del Antiguo Testamento, Dios, llegada la plenitud de los tiempos, sigue su misma táctica: actúa y nos habla. Pero aquí se desborda. No es cualquier acción ni cualquier palabra las que nos ofrece. Nos envía, ni más ni menos, que a su propio Hijo, para darnos el argumento definitivo de que nos ama y de que podemos depositar en él toda nuestra confianza. Y su Hijo nos habla también para que “seas feliz”. Nos habla y nos aclara la cuestión más importante de nuestra existencia: “Cómo salvar la vida”. No hay más que un camino, el camino del amor: perder, entregar, gastar la vida por amor... siguiendo las huellas de Cristo Jesús. De lo contrario, malograremos nuestra existencia.



Fray Manuel Santos Sánchez
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Sáb

8

Ago

2009

Evangelio del día

Decimoctava Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“si tuvierais fe, aunque fuera tan pequeña como una semilla de mostaza ...”

Primera lectura

Lectura del libro del Deuteronomio 6, 4-13

Moisés dijo al pueblo: "Escucha, Israel: El Señor es nuestro Dios, el Señor es uno solo. Amarás, pues, al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas.

Estas palabras que yo te mando hoy estarán en tu corazón, se las repetirás a tus hijos y hablarás de ellas estando en casa y yendo de

camino, acostado y levantado; las atarás a tu muñeca como un signo, serán en tu frente una señal; las escribirás en las jambas de tu casa y en tus portales.

Cuando el Señor, tu Dios, te introduzca en la tierra que había de darte, según juró a tus padres, Abrahán, Isaac y Jacob con ciudades grandes y ricas que tú no has construido, casas rebosantes de riquezas que tú no has llenado, pozos ya excavados que tú no has excavado, viñas y olivares que tú no has plantado, y comas hasta saciarte, guárdate de olvidar al Señor que te sacó de Egipto, de la casa de esclavitud.

Al Señor, tu Dios, temerás, a él servirás y en su nombre jurarás

Salmo

Sal 17 R. Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza

Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza;
Señor, mi roca, mi alcázar, mi liberador. R.

Dios mío, peña mía, refugio mío,
escudo mío, mi fuerza salvadora, mi baluarte.
Invoco al Señor de mi alabanza
y quedo libre de mi enemigos. R.

Viva el Señor, bendita sea mi Roca,
sea ensalzado mi Dios y Salvador.
Tú diste gran victoria a tu rey,
tuviste misericordia de tu ungido. R.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 17, 14-20

En aquel tiempo, se acercó a Jesús un hombre que, de rodillas, le dijo:

"Señor, ten compasión de mi hijo que es lunático y sufre mucho: muchas veces se cae en el fuego o en el agua. Se lo he traído a tus discípulos, y no han sido capaces de curarlo". Jesús tomó la palabra y dijo: "¡Generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros, hasta cuándo tendré que soportaros? Traédmelo". Jesús increpó al demonio, y salió; en aquel momento se curó el niño.

Los discípulos se acercaron a Jesús y le preguntaron aparte:

"¿Y por qué no pudimos echarlo nosotros?" Les contestó: "Por vuestra poca fe. En verdad os digo que, si tuvierais fe como un grano de mostaza, le diríais a aquel monte: "Trasládate desde ahí hasta aquí", y se trasladaría. Nada os sería imposible".

Reflexión del Evangelio de hoy

Amar con todas nuestras fuerzas

El Shemá es un texto de gran belleza, dotado de una tremenda energía. Al releerlo hoy una vez más, las propias palabras que lo componen vuelven a acariciar nuestra alma, se dirigen a nuestro corazón y... se vuelven a instalar en él. Yahvé quiere revelarse para ser el centro de la vida de sus hijos, nos regala, nos recuerda, lo importante: Amar con todas nuestras fuerzas.

Conocer al Padre-Madre y saberle el centro de nuestra vida significa, entre otras cosas, volver la mirada a nuestra realidad y la del otro, intentar comprenderla y sobre todo asumir la alegre tarea de aprender a Amarla. Esta secuencia nos pone en relación directa con nuestras responsabilidades de hijos frente al Dios que nos ofrece la promesa del Amor. El Amor es nuestro único salvoconducto hacia la gracia, la felicidad y la plenitud de nuestras vidas, pero también nos sitúa ante nuestro compromiso de promover que otros hermanos alcancen también lo propio. En eso se debe traducir que caminamos y vivimos centrados en el Dios que es Amor. Nuestra lucha diaria ha de contribuir a instalar definitivamente la radical alegría que supone hacer presente el Reino de Dios a cada paso, en cada actitud, en cada elección, en cada encuentro con los otros. Como aliada, la fe. Con ella: Nada es imposible.

Domingo de Guzmán: maestro del arte de amar al otro

Como casi siempre, necesitamos maestros en el Arte de Amar. Dios se sirve de ellos para acercarse aún más a nosotros. Los que un día nos sentimos seducidos por la forma de entender el proyecto de Dios que tuvo Domingo de Guzmán creemos y afirmamos hoy que su manera de enseñarnos a luchar por hacer realidad el reino del Amor sigue teniendo vigencia para nosotros y es igual de vinculante que lo ha sido siempre. Nos seguimos fiando de su intuición de avanzar en Familia y no promoviendo individualidades. Continúa atrayéndonos su pasión por entender lo que pasa en las zonas de frontera donde no es fácil moverse, ni los análisis son sencillos. Su incabable valentía y audacia para buscar la Verdad de lo que viven y piensan los otros es para nosotros hoy clave de entendimiento que da paso a la fraternidad y humanidad. Su manera de entender que estar al lado de los que sufren es estar al lado de Dios, sigue siendo la motivación de nuestra lucha por instaurar la Justicia y la Paz como coordenadas para nuestro mundo. Nos enseñó a considerar la oración y el encuentro con Dios como la mejor fuente para saber padecer-con los hermanos, y aprender a Amar con todas nuestras fuerzas.

¡Feliz Día de Nuestro Padre!



Comunidad El Levantazo
Valencia

El día **9 de Agosto de 2009** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilias](#).